

Capítulo 1

Derby, julio de 1745

Catherine detuvo a su yegua en lo alto de la loma del bosque y esperó, con los ojos brillantes y el corazón batiendo contra su pecho. No detectaba señales de persecución entre el espeso bosque pero, para estar doblemente segura, guió al animal hacia abajo y cabalgó a galope tranquilo hasta detrás de un denso grupo de abetos. Allí, con la respiración agitada, las mejillas sonrosadas de excitación, se tomó un poco de tiempo para apreciar la ironía de aquella animada cacería matutina, en la que la zorra sólo daba la impresión de ser la presa.

Riendo, dio por inútiles los esfuerzos de los dos sabuesos bípedos que habían intentado seguirla a través de bosques que ella conocía tan bien como la palma de su mano y, con un presumido parpadeo de sus ojos violeta con matices azulados, se inclinó para elogiar a su yegua:

—Bien hecho, preciosa; parece que los hemos despistado. Esto se merece un premio.

Echó una mirada alrededor para orientarse y recordó que, a unas cuantas yardas de distancia, había un claro aislado por el que cruzaba un riachuelo, cuya agua fría y clara tenía un delicioso sabor a suave musgo verde y a rica tierra negra.

—Ambas nos merecemos beber algo fresquito, ¿verdad? Dejemos que los cazadores sigan vagando en círculos hasta que se cansen.

Catherine recibió un suave relincho como respuesta, y guió a la yegua bosque adentro. Podía oír a lo lejos el desmayado y ronco ladrido de los perros y el eco estremecedor y grave de las trompetas que llamaban a los jinetes a formar. Ignoró aquel sonido e incluso prefirió,

tras un breve momento, desmontar y caminar junto al animal, con la atención dividida a partes iguales entre las plantas menudas que se le enredaban en las faldas y los misteriosos susurros de la brisa entre las hojas de envés plateado que ondeaban sobre su cabeza. Era feliz allí en su casa, en Derby. La tranquilidad del campo era un cambio desconcertante y no tenía nada que ver con la infinita sucesión de bailes, carnavales y fiestas, pero a decir verdad, después de haber pasado tres meses bailando hasta el amanecer y durmiendo durante toda la tarde, tenía muchas ganas de acabar su temporada en Londres.

Aquí, en la saludable y fresca campiña azul y verde que rodeaba Rosewood Hall, los días eran largos y ociosos, y las noches rebosaban de estrellas y olían a rosas y madreSelva. Podía soltarse el camafeo que, a modo de broche, sujetaba el cuello de su blusa de seda blanca cerrado hasta la garganta (y lo hizo) sin miedo a armar un escándalo. Podía quitarse los guantes, desabrochar los botones de su traje de montar de terciopelo azul, incluso los cierres de perlas de su entallado chaleco de satén, y tener el placer de aflojar las cintas de su ajustado y envarado corsé.

Estaba sola, y tenía la intención de estarlo durante un largo rato, así que se quitó el sombrero, alto y con velo, y tiró de las grandes horquillas de marfil que le sujetaban el pelo en un severo moño sobre la nuca. Dejó que la gruesa y rubia cascada cayera sobre sus hombros y se pasó los dedos entre los cabellos ondulados mientras caminaba y, distraída, se metía en una maraña de zarzas a ras del suelo. El dobladillo de su falda se enganchó en unas espinas y, ante aquel tirón, Catherine se vio obligada a parar en seco. Y fue mientras estaba agachada para soltarse cuando sintió un extraño hormigueo de alarma recorriéndole la espalda.

Su primer pensamiento fue que la habían encontrado, y se volvió, totalmente convencida de que vería la cara, la sonrisa burlona de un cazador con traje escarlata. Sin embargo, sólo los verdes árboles que filtraban la luz del sol fueron sorprendidos por su repentina y sobresaltada mirada, y, mientras esperaba a que su corazón se tranquilizara y se acomodara de nuevo en el pecho, prestó atención al trino de los pájaros en las ramas y el silencioso correteo de las ardillas entre la espesa vegetación que la rodeaba. Sonrió para sus adentros, imaginando que podía oír la estridente voz de su institutriz cuando la reprendía:

«No debe salir a pasear sola jamás, señorita. Es una clara invitación a crearse problemas. El bosque está lleno de cazadores de jaba-

lées, de dentadura mellada, para los que es tan fácil seducir a una niña inocente como pararse a preguntar la hora».

La sonrisa de Catherine se entristeció mientras seguía caminando, porque la señorita Phoebe había muerto hacía dos veranos. Y aunque era severa e intransigente, al menos se había ocupado realmente de ella. A duras penas podía decirse lo mismo de la madre de Catherine, lady Caroline Ashbrooke, o de su padre, sir Alfred, un recién elegido miembro del Parlamento que raras veces tenía más que un rápido y pasajero pensamiento para su familia, y aún menos para una hija que parecía decidida a provocar que sus cabellos encanecieran prematuramente. En realidad, Catherine sólo tenía a su hermano mayor, Damien, para buscar consuelo y consejos, e incluso él se estaba distanciando más y más, últimamente. Se había establecido como abogado en Londres, y casi nunca encontraba tiempo para viajar a Derby. Ahora estaba allí, para pasar dos cortos días, pero sólo porque era el cumpleaños de Catherine, y ella le había insistido de todas las maneras posibles (excepto a punta de pistola) para conseguir que estuviera presente.

No era algo que sucediera cada día que una jovencita cumpliera los dieciocho años, ni tampoco todas las jovencitas podían presumir de haber recibido seis proposiciones de matrimonio en los últimos veinticuatro meses... Eran tantas, de hecho, que los rostros de los pretendientes empezaban a entremezclarse. Catherine no se había visto capaz de decirles que todos los esfuerzos habían sido en vano. Ya había hecho su elección, y el elegido estaba destinado en la guarnición de Derby, allí mismo.

El teniente Hamilton Garner era alto e increíblemente apuesto. Tenía el cuerpo fibroso y fuerte de los esgrimistas y, de hecho, era maestro espadachín en su regimiento de los Dragones Reales de Su Majestad. Había cumplido los veintiocho años y era hijo de un banquero de Londres, y desde el primer momento en que puso sus ojos en él, Catherine supo que aquel era el hombre que merecía todo su afecto y atenciones. No la desanimó el hecho de que siempre iba acompañado de mujeres bellas y pendientes de él, y tampoco lo hizo la reputación que se había ganado en el continente. Los rumores sobre su fuerte carácter, sus correrías y duelos, y sus muchos asuntos escandalosos, sólo convirtieron el reto de seducirlo en algo mucho más excitante, en lo que a Catherine concernía. La naturaleza de Hamilton lo llevaba a buscar a la heredera más popular y más deseada de Derby para sí, al igual que la de ella pedía una conquista de iguales e impor-

tantes proporciones. Él se había pasado los últimos tres meses haciendo instrucción y ejercicios militares en los pastos de vacas, mientras ella estaba en el corazón del torbellino londinense y..., bueno, sólo necesitaba darle un pequeño empujoncito a Hamilton y, sin duda, la pediría en matrimonio.

Con ese fin, Catherine lo había planeado todo hasta el mínimo detalle para dar el golpe a medianoche. Pensar en ello le erizaba el vello y le aceleraba el pulso, y sus pasos se volvieron rápidos y ligeros mientras rodeaba un grupo de altos enebros. De pronto, se detuvo en seco, y su falda y enaguas se arremolinaron tras sus tobillos como la resaca de las estelas tras los barcos.

El claro que buscaba estaba justo delante de ella, amplio y cubierto por una ligera neblina que emergía del estanque, en el centro. Los rayos del sol, aquí más directos y potentes, exageraban los verdes brillantes de las hojas y los helechos, plateaban la superficie del agua y destellaban, sin modestia alguna, alrededor del torso desnudo de un hombre arrodillado sobre el húmedo y denso musgo que crecía a lo largo de la orilla.

Sacudida por la inesperada visión, Catherine permaneció completamente inmóvil. El hombre estaba de espaldas, y ella veía cómo se movían sus músculos con cada movimiento de sus manos mientras se echaba agua a la cara. No tenía ni idea de quién era... ¿un cazador furtivo? No tenía el aspecto andrajoso y hambriento de un ladrón; sus pantalones estaban limpios y lucían un corte que se ajustaba perfectamente a sus largas y poderosas piernas. Llevaba unas botas caras, de cuero y a la última moda, tan brillantes como un espejo. Cerca, sobre el musgo, había una camisa de lino blanco y un jubón de pura lana, de color vino.

Tenía los cabellos mojados, y se le pegaban al cuello, negros y ondulados, goteando sobre sus anchos hombros que brillaban como el bronce recién esculpido. Mientras Catherine miraba, él se pasó las manos por el pelo, haciendo saltar un sinfín de gotitas de agua, y se inclinó hacia atrás con un suspiro largo y satisfecho.

El motivo por el cual se había detenido era obvio; y la pregunta de cómo había llegado hasta allí tuvo una rápida respuesta en el penetrante relincho que llegó del otro lado del estanque. Era un inmenso corcel negro, con las orejas muy erguidas y atentas, que olfateaba en el aire, muy tenso, a causa del olor de la yegua. Catherine no lo había visto de buenas a primeras debido a la brumosa luz, pero era evidente que el animal sí la había visto a ella. Y el hombre, oyéndolo relinchar

alarmado, se volvió como un rayo y sacó una pistola de entre los pliegues del jubón, con un movimiento tan rápido que casi resultó casi imperceptible. Al ver el arma y la rapidez con que, de repente, ya la había amartillado y la estaba apuntando, Catherine soltó un grito, dejó caer los guantes y el sombrero y se tapó la boca con las manos.

Durante un instante, ambos se miraron fijamente, sin moverse, sin emitir sonido alguno. La atención de Catherine fue totalmente absorbida por aquellos ojos; eran, al igual que la mata de pelo, tan negros como el ébano, tan peligrosos como el cañón de la pistola que apuntaba sin vacilar a su pecho. El hombre parpadeó una sola vez, como para estar seguro de lo que estaba viendo, y con la misma rapidez de antes bajó el arma.

—¿Nadie te ha dicho nunca que no debes espiar a un hombre cuando está de espaldas? —Hablaba enfadado, con rudeza, y la sobresaltó lo suficiente para que ella respondiera en el mismo tono.

—¿Y a ti nadie te ha dicho nunca que es particularmente temerario penetrar en una propiedad privada?

Él parpadeó de nuevo, y su mirada dejó de ser tan agresiva.

—¿Cómo dices?

—Esto es una propiedad privada —repitió ella, tirante—. Y tú has penetrado en ella. Si yo fuera un guardabosques, o si llevara un arma, estaría en mi perfecto derecho a dispararte, sin más.

—Entonces, debo considerarme afortunado de que no se dé ninguno de los dos casos. —Entrecerró sus oscuros ojos—. ¿Y puedo preguntarte qué haces tú aquí, en medio de ninguna parte?

—No puedes. Lo que puedes hacer es recoger tus pertenencias y marcharte ahora mismo de aquí. Estas tierras pertenecen a sir Alfred Ashbrooke, un hombre que no recibe con amabilidad a los intrusos... ni a los cazadores furtivos.

El extraño la observó un largo momento y, lentamente, se puso en pie, mostrando su impresionante altura, de más de metro ochenta.

—Hace mucho tiempo que nadie me acusa de ser un cazador furtivo —esbozó media sonrisa— y vive para contarlo.

Eso aguijoneó el genio de Catherine. Todavía sentía sobre la piel la reacción que le provocaba aquella mirada descarada, pero no dudó un instante en responder a su insolencia.

—Hay cuarenta hombres cabalgando cerca, y podrían oírme perfectamente. Un solo grito y...

—Al menos tienes la sensatez de estar asustada —la interrumpió, sonriendo más ampliamente—. Creo que deberías haber escuchado

lo que te advertía tu niñera hace años sobre pasear sola por el bosque.

Catherine abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo sabes...?

—¿Acaso no es la obligación de todas las institutrices prevenir a sus pupilas contra los peligros de aventurarse solas por ahí? —Se agachó para recoger su camisa del suelo—. En tu caso, puedes agradecer a la suerte que no te hayas cruzado con alguien que tenga menos escrúpulos y más tiempo que perder. Alguien que quizá no se dejaría disuadir por una lengua afilada y un humor pésimo.

—¿Alguien con menos escrúpulos? Te tienes en muy alta consideración, ¿no? ¿Y qué quieres decir con «un humor pésimo»? Estoy de un humor inmejorable.

Aquella mirada tranquila y serena se volvió a clavar en ella, sin dejarla escapar, el tiempo suficiente para que un sofoco bajara por su garganta. El rubor no pasó desapercibido a los ojos negros, que observaron los botones desabrochados del cuello de su blusa antes de deslizarse hasta donde el vestido moldeaba atractivamente sus senos. Por si esto no era suficiente audacia, el hombre volvió a mostrar sus dientes esbozando otra sonrisa maliciosa.

—Mi intuición me dice que tienes algún tipo de relación con sir Alfred Ashbrooke, ¿me equivoco?

—Soy su hija —admitió ella, levantando levemente la barbilla—. ¿Y qué?

—Su hija. —La voz de aquel tunante ronroneó alrededor de esa palabra, y Catherine advirtió que avanzaba hacia ella con pasos lentos y medidos. No podía darle la espalda y empezar a correr, porque ni sus pies ni su orgullo iban a responder a esa orden de su cabeza, pero la yegua acusó su nerviosismo y lo delató con un relincho. Éste, a su vez, provocó la reacción instantánea del corcel, que se lanzó a cruzar el claro a toda prisa.

—¡*Shadow!* ¡Quieto!

El intruso no apartó sus ojos de Catherine, pero ella no pudo evitar desviar los suyos un instante y ver cómo el enorme caballo paraba en seco, con la negra cabeza erguida, los ojos ardiendo como carbón y el cuerpo temblando de ganas de embestir. Y su asombro fue completo cuando se dio cuenta de que aquella distracción había permitido que el hombre se acercara aún más; por si fuera poco, se atrevía a extender su mano hacia el hocico aterciopelado de la yegua.

—Te arrancará los dedos —le previno Catherine.

La mano dudó, pero sólo un instante, y continuó acercándose al

hocico largo y delgado. La yegua resopló mostrando hostilidad, pero no hizo movimiento alguno para evitar que aquellos dedos la acariciaran. El extraño se había puesto la camisa, pero la llevaba abierta, y Catherine, atrapada entre él y la yegua, no tenía dónde mirar sino al inmenso muro de su torso y la nube de cabellos oscuros y ondulados que poco hacían para suavizar los pronunciados contornos de sus músculos. Poco a poco, ella levantó la mirada, fijándose primero en la marcada mandíbula y la ancha y sensual boca. La voz era grave y educada, y delataba que el hombre era más refinado de lo que podía deducirse de sus maneras. De cerca, sus ojos seguían pareciendo de obsidiana, pero bajo los rayos indirectos tenían reflejos de un intenso azul de medianoche que sugería oscuros secretos y peligrosas pasiones. Sobre ellos se arqueaban unas cejas del mismo ébano que los cabellos. Y cruzando una de ellas, una cicatriz (¿quizás a causa de un duelo?) que añadía a sus facciones arrogantes una pincelada de melancolía.

Al acariciar al animal, su brazo rozó sin querer el hombro de Catherine, y ella retrocedió como si acabara de quemarse con fuego.

—Perdona —dijo Catherine agriamente—, pero esta yegua es mía. Y este claro, de hecho, también es mío. Así que, si no te importa, prefiero que te vayas de aquí cuanto antes.

Divertido, él enarcó una ceja.

—¿Y si yo te dijera que prefiero quedarme?

Catherine tomó aire lentamente.

—Te respondería que eres un estorbo y un intruso, más insolente y falto de escrúpulos que ningún otro hombre que haya tenido la desgracia de conocer. Y que, desde luego, tenías toda la intención de cazar sin permiso, si es que aún no lo has hecho.

Él se acercó más, y Catherine sintió que el fuego de aquellos ojos la quemaba de nuevo.

—Desde luego, empiezo a tener toda la intención, señorita Ashbrooke —murmuró—. Pero no de cazar.

Catherine dio un inseguro paso hacia atrás y se pegó al cuerpo tibio de la yegua. El intruso avanzó de nuevo y puso la mano en el cuello del animal, cerrando la salida. Estaba tan cerca que podía oler los rayos del sol y el sudor en su piel; podía ver las gotas de agua brillando en su pelo, resbalando hasta la camisa de lino y empapándola hasta dejarla pegada a sus anchos hombros. Apenas le llegaba ella a la barbilla, y se sintió pequeña e insignificante, terriblemente vulnerable bajo aquella impresionante figura.

—Ya que se ni-niega a marcharse, señor, me iré yo —tartamudeó, paralizada por su total falta de control sobre la situación. No había un solo hombre en Derby que osara dirigirse a ella de ese modo, y no estaba acostumbrada a tenérselas con alguien que no se sintiera inmediatamente abrumado por su posición social, su riqueza y su hermosura. Era la hija de un miembro del Parlamento, no una sumisa criada cualquiera a la que se pudiera atemorizar y tratar de aquel modo. Fuera como fuera, ningún caballero que se preciara de serlo se atrevería a hablarle como aquel individuo lo hacía. O a acercarse tanto. O a mirarla con tanta desfachatez.

Sin embargo, vio en sus ojos oscuros que, a pesar de su elegante ropa y la educación que se le suponía, aquel hombre no seguía ninguna norma que no hubiera dictado él mismo. Tenía algo de primitivo y salvaje. Algo temerario y perverso que hizo que su corazón se desbocara y su pulso latiera con fuerza.

Tragó saliva, no sin dificultad.

—Si lo que quiere es m-mi dinero, me temo que no llevo nada de valor.

Vio el destello de sus fuertes y blancos dientes y sintió el aliento de aquel intruso en la sien.

—O sea, que ahora soy un ladrón en lugar de un cazador furtivo. No sé si tomarlo como un halago o como un insulto.

—P-por favor, yo...

—En cuanto a que no llevas nada de valor —se acercó aún más, y Catherine sintió que el corazón le subía a la garganta—, menosprecias la tentación de un bosque silencioso, un lecho de blandas hojas y una jovencita provocativa que necesita recibir una dura lección sobre la vida real.

—Lección que tú, por supuesto, te ves capaz de impartir, ¿verdad?

El sarcasmo de la respuesta sólo provocó una risa que acentuó el pícaro hoyuelo de su mentón.

—Estoy completamente a su servicio, señorita Ashbrooke.

Catherine notó un leve tironcito en sus cabellos y vio, aterrada, que los largos dedos de él jugaban con varios mechones dorados. De nuevo, intentó apartarse, pero él le puso la mano bajo la barbilla y la obligó a mirarlo, bruscamente. La observaba con total atención, concentrado en la manera en que el sol acariciaba su pelo y su piel; y la intensidad de aquellos ojos de medianoche, combinada con el contacto de su mano, hizo que ella sintiera un escalofrío de miedo y un hormigueo en las piernas y los brazos.

El intenso escrutinio se desplazó hasta el cuello de su blusa, y a Catherine le pareció que la seda, la blonda, el encaje y los lazos se fundían hasta dejarla sin nada que la protegiera de aquella ardiente mirada. No podía moverse, no podía ni siquiera cerrar los ojos para escapar de aquel tormento, y se dio cuenta, cada vez más aterrorizada, de que estaba completamente a su merced. Podía gritar, pero a él le sería muy fácil impedirselo. Y también le sería fácil rasgarle la ropa, echarla al suelo e intentar poseerla hasta que ella se quedara sin aliento ni fuerzas para defenderse.

Él deslizó las manos hasta la curva de su fina cintura y, por un momento, Catherine se sintió desvanecer. Se le secó la boca cuando él, lentamente, la atrajo hacia sí, oprimiéndola contra su pecho. La presión de sus fuertes manos aumentaba, y empezó a levantarla mientras ella notaba, aturdida, la fricción de la seda y la blonda contra su piel caliente. Catherine, sin darse cuenta, había puesto sus manos sobre los abultados músculos de aquellos brazos y, a medida que él seguía levantándola, cerró los puños asiendo la holgada camisa hasta casi romper las costuras.

Tomó aire y se preparó para gritar. Pero él, en lugar de intentar forzarla (que era lo que ella suponía, con total convencimiento, que iba a hacer), la alzó aún más, hasta suspenderla por encima de sus hombros. Luego, con una mueca burlona, la dejó caer sin cuidado alguno sobre la silla de la yegua y se agachó para recoger las riendas.

—Siento muchísimo desilusionarte, pero hoy no tengo tiempo... ni estoy de humor para enseñar un poco de disciplina a niños. De todos modos, si nos volvemos a encontrar, y si las circunstancias son más... favorables... me atrevo a decir que puede que no tenga ningún inconveniente en satisfacerte.

Catherine se quedó casi sin habla.

—Pero... ¿cómo te atreves, arrogante e insolente...?

Él soltó una carcajada y dio un cachete en el ijar de la yegua, que salió a la carrera. Con la repentina sacudida, Catherine quedó echada hacia atrás, zarandeándose entre un revuelo de cabellos que flotaban y de faldas y enaguas que volaban y le tapaban la visibilidad mientras animal y amazona se alejaban del claro a toda prisa. Tenía las mejillas encendidas y las manos le temblaban, pero consiguió tirar con fuerza de las bridas y frenar aquella alocada cabalgata por el bosque. Oía el eco de la potente risa persiguiéndola y, por primera vez en muchos años, los ojos se le llenaron de lágrimas de humillación. Recordó demasiado tarde que había olvidado los guantes y el sombrero, pero no

quiso dar la vuelta y regresar a por ellos. Si hubiera tenido un arma, quizás habría tenido la tentación. De hecho, si hubiera tenido cualquier cosa más amenazadora que una corta fusta acabada en cuero, a buen seguro habría vuelto al claro para usarla con todo placer.

Catherine entró al trote en el patio de Rosewood Hall. Los cascos de la yegua sonaban como un redoble encolerizado contra las piedras. Un mozo de cuadras, alertado por el sonido, salió a toda prisa de los establos y llegó junto a ella justo a tiempo de recoger las riendas que le lanzaba.

—Encárgate de que le den doble ración de avena —ordenó Catherine—. Y llévala al paso, sin forzar; ha echado una buena carrera.

Todavía crispada por el encuentro en el bosque, se dirigía hacia la casa sin casi oír la respuesta que musitaba el mozo. Sus furiosos pasos se calmaron mientras cruzaba uno de los muchos jardines que rodeaban la entrada principal. Rosewood Hall estaba construida en estilo isabelino: dos pisos con cornisas de estuco blanco, y pilastras que acentuaban las hileras de ventanas altas y emplomadas. Verdaderas columnas de hiedra y líquen se agarraban a las paredes de ladrillo rojo y subían hasta el techo inclinado, de pizarra gris. La entrada principal no tenía ni porche ni terraza, pero sus dobles puertas estaban flanqueadas por dos torrecillas macizas que formaban unos ventanales de arco del suelo al techo. En el frontón, en la cornisa de la puerta, estaba grabado el escudo de la familia, que recordaba el noble linaje del apellidado Ashbrooke.

Catherine se sentía cualquier cosa menos noble mientras se acercaba a la entrada. Una de las puertas de roble grabado se abrió en el preciso instante en que ella iba a asir el picaporte, y su hermano salió a la potente luz de día con aspecto especialmente apuesto, vestido con una chaquetilla marrón chocolate y unos pantalones de piel.

—Mira quién está aquí. ¿Ya han acabado la cacería y te han dejado atrás?

—No, no han acabado. Simplemente, he decidido que no vale la pena tanto ajetreo. Los ladridos constantes me producen jaqueca, y también que hombres hechos y derechos se comporten como niños armando tanto alboroto mientras una horda de perros despedaza a una zorra acorralada.

—Mi hermana la humanitaria —fingió reprenderla—. La misma que sale a cazar indefensas criaturas aladas y las despluma a balazos.

—Esas indefensas criaturas aladas son las que nos proporcionan

alimento, querido hermanito, mientras que las desventuradas zorras sólo proporcionan una mañana de diversión a hombres sedientos de sangre. ¿Y por qué no llevas el uniforme? ¿Es que Harriet Chalmers ha tenido el sentido común de reñir contigo otra vez?

Damien Ashbrooke exhibió una amplia sonrisa. Era medianamente alto, no mucho más que Catherine, y tenía los ojos azul celeste y el cabello castaño, largo y ondulado, recogido cuidadosamente en una cola bajo la nuca.

—No. La adorable señorita Chalmers y yo no hemos reñido. Pero, en cualquier caso, tenía la esperanza de disponer de estas breves horas de soledad para dedicarme a mis lecturas.

Catherine entrecerró los ojos.

—Te llevará al altar, por mucho que intentes evitar su compañía.

—¿De veras? Bueno, a menos que las cosas hayan cambiado mucho, todavía es el hombre el que tiene que proponerlo.

Ella chasqueó la lengua.

—Hablas con demasiada seguridad, me parece. He visto como miras a Harriet: con ojos de carnero degollado, sin que te importe nada excepto los encantos que asoman por el borde de su corpiño.

El enarcó una ceja al fijarse más en ella, en el estado de su peinado y el vestido.

—¿Puede que esté oyendo la voz de los celos? ¿O es, simplemente, que envidias su gusto por la moda?

Catherine siguió la mirada de su hermano y atusó un pliegue de su vestido de terciopelo que se había enganchado en la caña de la bota.

—¿Y qué debería envidiar? ¿La manera en que sus pechos amenazan con saltar fuera del escote cada vez que respira? ¿O el hecho de que probablemente ya se haya dado el caso y estés más que ansioso porque caigan en tus manos?

Damien se sonrojó, y ella continuó, petulante:

—¿Lo ves? ¿Y todavía insistes en que controlas tu destino? Dentro de tan sólo un mes, hermanito, te tendrá tan atrapado que la arrastrarás hasta el altar. Me apuesto tres soberanos de oro.

—Acepto la apuesta —murmuró él—. Pero sólo si podemos poner las mismas condiciones y límites a tu conquista del teniente Garner.

—Prepara el dinero —dijo ella, mordaz—, porque ya me lo ha propuesto. Tiene la intención de hablar con papá esta noche, en la fiesta, para que podamos anunciarlo oficialmente.

—Bueno, que me aspen... —Su sorpresa era franca—. Estaba absolutamente convencido de que sólo coqueteaba.

—Eso es porque, por desgracia, subestimás el alcance de mis encantos... tanto si se desbordan como si no.

—¿Lo sabe mamá?

La sonrisa de Catherine se volvió un tanto amarga.

—La pregunta correcta sería: ¿le importa en algo a mamá?

—Le importa lo suficiente para haber estado conspirando con papá durante los últimos tres años, intentando concertar tu boda con Pelham-Whyatt.

—¡Con ese! —Catherine frunció la nariz con disgusto—. Es un auténtico palurdo. La ropa que lleva es diez tallas más grande, y de hace diez años. No habla; balbucea. Y huele como si no hubiera vuelto a darse un baño desde que lo empujé al estanque de los patos cuando éramos niños.

—Y también está a punto de heredar las tierras colindantes a las nuestras. Es rico, y no es tan espantosamente feo...

—¡Que no es feo! Se le han caído casi todos los dientes, y tiene la cara tan llena de granos y marcas de la viruela que es un milagro que pueda afeitarse. La última vez que salió de cacería, se cayó del caballo, fue a parar de cabeza en medio del grupo de perros... ¡y empezaron a morderlo, confundiéndole con la zorra! ¿Casarme yo con él? Antes me encalustro en un convento, muchas gracias.

—No deberías decir esas cosas porque sí, querida Kitty. Papá ha prometido eso, como mínimo, si te atreves a involucrar el buen nombre de la familia en un solo escándalo más.

—¿Escándalo? Normalmente, se considera una cuestión de honor que dos hombres se batan en duelo por defender la reputación de una señorita, ¿no?

—No cuando el ganador da la inequívoca impresión de disfrutar atravesando a su rival con la espada.

—Por el amor de Dios, lo dices como si Hamilton hubiera matado a Charles Waid. El muy insensato no está muerto, tan sólo sufrió un arañazo en la mejilla.

—Únicamente porque el teniente Garner reconoce a un principiante en cuanto lo ve, y no quería que lo detuvieran bajo la acusación de asesinato.

—Charles desafió a Hamilton. ¿Qué otra alternativa tenía?

—Podría haber esperado a que al muy insensato se le pasara la borrachera y se diera cuenta de la gravedad de su error.

—Su error fue dirigirme un insulto cuando Hamilton podía oírlo perfectamente —repuso Catherine, seca.

—Cosa que provocaste tú para poner celoso al pobre teniente. Bueno, funcionó. Y aunque luego te mostraste arrepentida, debo advertirte que vayas con mucho cuidado con papá hasta que estés felizmente casada, lejos y a salvo de su parlamentaria vigilancia.

Catherine se sonrojó, enfadada, como solía hacer cuando era atrapada en falta y se sentía acorralada.

—Ya que parece estar muy preocupado por mi bienestar, quizás te interese saber que hoy me han acosado en el bosque. Ese es el motivo de mi precipitado regreso de la cacería, y de ahí también que mi aspecto invite a tanto sarcasmo.

—¿Acosada? —Damien se puso serio al instante—. ¿Dónde? ¿Por quién?

—¿Por quién? Por un cazador furtivo, ya ves por quién. Un vagabundo. Un intruso. Un ladrón que acechaba entre los árboles. Un saltador arrogante que ha tenido la desfachatez de acusarme a mí de estar donde no debía.

Damien se tranquilizó ligeramente. Conocía bien a su hermana, e identificó al instante el destello de indignación de sus ojos, que le indicaba que lo que resultó acosado en realidad había sido su carácter. Eso explicaba que estuviera de tan mal humor y que hiciera comentarios tan mordaces sobre Harriet, su mejor amiga desde la niñez.

—Parece un tipo interesante. ¿Le conozco?

—No lo dudaría ni un momento. Es exactamente la clase de compañero que buscarías para ir a las casas de juego y... y otros sitios que si una señorita mencionara dejaría de ser una señorita. Lo que me hace pensar que, bien mirado —sus ojos reflejaron venganza—, creo que cinco soberanos de oro es un precio muy bajo si evita que Harriet tome una decisión terriblemente errónea. Tengo que hablar con ella en el preciso instante en que vuelva de la cacería. Esta misma noche, Damien Ashbrooke, podrás considerarte muy afortunado si todavía se digna a mirarte por encima del hombro.

Dando por terminada la conversación, sacudió su rubia melena, entró en la casa y empezó a subir la gran escalinata de madera maciza que llevaba al piso superior. Damien la siguió hasta el primer peldaño y se quedó allí, con la mano apoyada en el pilar de caoba grabada de la escalera, admirando con sus ojos azules y preocupados el agitado vaivén de las faldas. No temía que Catherine cumpliera su amenaza; su hermana había invertido mucho esfuerzo, y durante mucho tiempo, en hacer que él se diera cuenta de que Harriet Chalmers había dejado atrás los vestidos de niña para convertirse en una hermosa mujer. Y

lo que Catherine no sabía era que la relación entre Harriet y él ya iba más allá de ser un simple flirteo, y que el hecho de que Harriet se viera obligada a compartir la habitación y la cama con Catherine sólo se debía a que había demasiados invitados ocupando los otros dormitorios de la casa. De momento, los amantes sólo habían podido robar algunos momentos de intimidad, aquí y allá, y todo iba tan deprisa...

—¿Kitty? —Estaba casi convencido de que ella le ignoraría y seguiría subiendo, pero no lo hizo.

Se paró en el primer rellano y le miró, asomándose sobre la barandilla, con una delicada ceja enarcada e inquisitiva.

—Estaba pensando... —Dudó un momento y le dedicó aquella sonrisa que Catherine conocía tan bien y sabía que siempre iba dedicada a ella, y sólo a ella—. Podríamos anunciar un doble compromiso, esta noche. Creo que podré conseguir cinco soberanos de oro en algún sitio.

Catherine observó el atractivo rostro de su hermano. Sabía que no le gustaba Hamilton Garner... ¿a qué hermano le gustaría? Consideraba que el teniente era pomposo y prepotente, cruel con sus subordinados e indiferente a toda relación que no beneficiara directamente su carrera. Y Damien adoraba a Catherine. Había sido más que un hermano para ella; había sido su padre, su confidente, su consejero y su amigo cuando daba toda la sensación de que estuviera creciendo sin nadie que se preocupara por ella en la inmensa soledad de Rosewood Hall. Quería que fuera feliz, y si eso dependía de Hamilton Garner (de convertirse en la esposa de Hamilton Garner), iba a apoyarla en su decisión, fuera cual fuera.

Ella respiró profundamente y lanzó un suspiro de anhelo. —Eso sería maravilloso, un doble compromiso. No podría desear nada mejor para celebrar mis dieciocho años.

—Entonces, así será —murmuró él—. Feliz cumpleaños.